

# JADE

Alex Castro



# Capítulo 1

## CAPÍTULO 1

Era de noche, la brisa soplaba lentamente cómo el primer día en que nuestro héroe José Antonio Batista Arcia había de conocer a alguien que en el futuro sería el amor más grande de su vida. Está vez, querido lector, no era pura felicidad, ya que su amada estaba en su lecho de muerte.

En el cielo, un hermoso fenómeno atmosférico se presencia, era el famoso halo lunar. Su efecto óptico iridiscente se difundía en todos los rincones del pueblo... Creando así, que, Chupampa fuese un pueblo mágico, surrealista con sus diversidades de colores oscuras y formas irreales –fantasmagórico!-. En las calles, no había nada que diera alguna señal de vida –todo estaba desolado-. Pero como un eco que recorre en lo más hondo, una melodía se oía suave, en todos los rincones del pequeño corregimiento... Era la famosísima opera buffa: El elixir de amor, del compositor bergamasco Domenico Gaetano Maria Donizetti –y libreto de Felice Romani-. Se percibía la celeberrima aria de la VIII Escena del II Acto: «Una furtiva lágrima»; cual era interpretado por el gran tenor Enrico Caruso –y dirigido por el gran director de orquesta, Arturo Toscanini-: que daba vida al enamorado de la bella y rica terrateniente Adina: Nemorino:

Una furtiva lágrima

De los ojos suyos brotó,  
Aquellas alegres jóvenes ella envidiar pareció.  
¿Qué más voy a buscar yo?  
¿Qué más voy a buscar yo?

La romanza de la dramma giocoso per musica de dos actos –inspirada en Le Philtre, de Eugène Scribe-, había sido grabada en el teatro de la Metropolitan Opera House de Nueva York (Met). Noche de plenilunio donde concurrieron emprendedores, líderes y artistas de renombre universal, a escuchar al mejor cantante –y director- de la opera del siglo XX –o quizás, hasta los mejores de la historia de la música clásica.

Ahora, dentro del palacete, en la habitación, José estaba sentado en su vieja silla y su amada se hallaba acostada en la cama, observando –a través de la cristalina ventana- las diferentes estrellas que se podía distinguir desde la lejanía de los cúmulos globulares, del halo galáctico.

El señor acercó su mano, agarró la de ella y con la otra, acarició el rostro de su Friné o de su Campaspe.

–Mi

amor, ¿recuerdas qué un día te prometí que siempre te amaría y hasta la muerte te seguiría amando? –José pregunta, mientras observaba los preciosos y brillantes ojos azules de Jade.

–Doy las gracias a Dios, por haberme puesto ese día bajo aquel bello resplandor del sol, a ti. Las gracias, porque a tu lado conocí el amor –ella expresaba con su hermosa sonrisa y pasaba su mano en el rostro de él, de su Praxíteles o de su Apeles.

José se levantó con cuidado. Se acercó lentamente a la ventana. Llegó allá. La abrió y una rica brisa entró. Ésta jugueteó con la cortina de visillo e hizo que la cabellera blanquecina de Jade se meneara. Su melena rizada parecía que bailara vals u operetas de Johann Baptist Strauss II –como El Danubio azul o El murciélago– con la amada ninfa de Dioniso: Aura.

José apreció a los diferentes cúmulos estelares abiertos del plano galáctico y observó a las Pléyades. Notó –a las siete hijas de la oceánide Pléyone y el titán Atlas–: Alcíone, Electra, Estéropé, Táigete, Celeno, Maya y Mérope –esposa Sísifo–. Sonrió y cerquita de «las siete cabrillas» –como comentó el gran escudero del ingenioso hidalgo de La Mancha Alonso Quijano, Sancho Panza– contempló a la constelación del Tauro, al cúmulo galáctico de las Híades –vio igual a las estrellas gigantes naranjas: Ain, Hyadum I, Hyadum II y Theta1 Tauri– y a la estrella gigante roja Aldebarán –a la par, las estrellas del «cuerno del toro»: la estrella de mercurio-manganeso Gamma Aurigae y la estrella Be Zeta Tauri (según la denominación Bayer, en la atlas estelar Uranometria de Johann Bayer)–. Él se imaginó, hipotéticamente, cómo sería ver el remanente de supernova tipo II histórica, SN 1054, la Nebulosa del Cangrejo –una nebulosa del viento– o su Púlsar del Cangrejo –una estrella de neutrones–; pero se rió, pues no era Hiparco de Nicea, Christiaan Huygens o Edwin Hubble –y menos Caroline Lucretia Herschel, Henrietta Swan Leavitt o Jocelyn Bell Burnell–. Vertiginoso, miró a las estrellas supergigantes de la constelación de Orión: supergigante blanco-azulada Rigel y supergigante roja Betelgeuse. Y se acercó a donde se situaba un piano de cola –un Fazioli F278, firmada por Vladimir Hórowitz, Sviatoslav Richter y Emil Guilels–; se sentó en el fino taburete y pisó los pedales una corda y de sostenuto, del Fazioli Pianoforti fundada por Paolo Fazioli, en 1981.

–Amor, quisiera tocarte una de las tantas obras que me ensañaste –dice José, mientras que tenía sus dedos en las teclas y observaba la antelia.

Jade sonrió y aquella sonrisa era tan hermosa como la diosa Máni –que huía del hijo de Fenrir, Hati– que aún se irradiaba en la lejanía.

–¡Nunca olvides

qué siempre te he amado y siempre te amaré! –ella espetó, de la nada, medio triste.

El señor no comprendió sus palabras e intentó levantarse.

–¿Por qué te levantas? –preguntó ella–. Quisiera que me tocaras, una de las obras que tanto me deleitabas.

José al escucharla, sonrió. Divisó los ojos azules que la miraba con mucha dulzura. Se sentó de nuevo y empezó a tocar con pasión, una de las obras favoritas de su amada: la Sonata para piano n.º 11, del último hijo de Leopold Mozart y de Anna Maria Pertl, Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus Mozart... Pero el corazón de este no aguantó la emoción y sus ojos comenzó a llenarse de cristalinas gotas y ellas emprendieron, a abatir, en las teclas: cómo gránulos de lluvias en una tarde de invierno de Ocú.

–¿Por qué lloras, amor? –ésta volvía a indagar–. Si estás tocando tan hermosamente. José Batista no soportó las palabras de ella –interpretaba el tercer movimiento: alla turca– y dejó de tocar la sonata en La mayor, K. 331 y se secó sus ojos lagrimosos... Se levantó como un joven enamorado y cuando se aproximaba, se tropezó y se cayó de rodillas –se lastimó un poco–. Jade al notar lo, intentó levantarse –para ayudarlo–, pero aquél se alzó vertiginoso y se acercó como si nada hubiese ocurrido.

De nuevo, él se sentó en su vieja silla. Tomó la mano de ella y se recostó en su pecho.

En aquella noche mágica de luna llena, los ojos de aquellos enamorados se reencontraron y se miraron con pasión: sus miradas eran penetrantes, tan penetrantes que se podía ver el reflejar de ellos en sus respectivas miradas. Jade sonrió por aquel instante tan romántico, y José, le correspondió, de la misma manera.

El señor observó la pared y contempló «La noche estrellada», del neerlandés, Vincent Willem van Gogh. Preguntó a ella, por la obra, quería, que, al menos le dijera acerca de Theo, del movimiento acuñado por el crítico Roger Eliot Fry, el corriente artístico del Postimpresionismo y de sus icónicos artistas: Paul Cézanne, Camille Pissarro, Georges Seurat o Henri de Toulouse-Lautrec. Le conversara sobre la pintura de Nuenen, Los comedores de patatas –sobre Autorretrato; Terraza de café por la noche; Retrato del doctor Gachet –todo acerca del gran homeópata Paul Ferdinand Gachet– o El dormitorio en Arlés–. De la amistad con Eugène Henri Paul Gauguin –también de la «teoría de la oreja izquierda» del hijo de Theodorus y de Anna Cornelia Carbentus–. De su relación con Clasina

Maria Hoornik (Sien) –cual la enaltecería en su dibujo, Dolor– o de la pequeña Maria Wilhelmina... Pero ella no respondió... Y la sensación de José, fue que Jade no estaba bien, que algo le pasaba a su amada Cecilia Gallerani –amante de Il Moro, Ludovico Maria Sforza, duque del Ducado de Milán y la Donna docta del hijo de Piero Fruosino di Antonio y de Caterina di Meo Lippi, en La dama del armiño–. Éste pretendió levantarse, mas, sintió la mano delicada de su amada y notó, que, ella la miraba fijamente a sus ojos de color canela.

–No te vayas –señala ella y pasa su mano en la de él–. Quédate a mi lado, por favor. ¡Te necesito!

José lloró un poco por sus palabras. Sintió un pequeño dolor en su pecho y Jade, empezó a quitarle sus lágrimas. El señor no soportó la emoción –este desgarraba su alma– y le dio un dulce beso en la mejilla.

–Nunca olvides qué eres la niña de mis ojos –indica José, sonriente y en brazos de Cupido y Psique.

–¡Sí! Nunca lo olvidaré... Nunca olvidaré qué soy la niña de tus ojos –Jade reconoce y sonrío.

Mientras que ellos dos se miraban enamorados, en la habitación se escuchaba, ahora, la famosa aria: «Un bel dì, vedremo» –de la ópera de tres actos «Madama Butterfly»–, del compositor lucchese Giacomo Puccini –y del libreto de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica–. La tragedia japonesa era interpretada por la soprano Renata Tebaldi –como la geisha Cio-Cio San, que espera ansiosa al teniente B.F. Pinkerton (Beniamino Gigli)– y había sido grabado en el Teatro Colón, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y dirigida por el legendario director salzburgués Heribert Ritter von Karajan.

Mientras tanto, querido lector, afuera, a lo lejos, los lobos aullaban entre el bosque conífera de la taiga y camadas de lobeznos se escondían en sus pequeñas madrigueras y veían el bioma nocturno... Los estrigiformes volaban en todas partes y otros estaban en las ramas, observando sus presas, que se escondían. De todos los Strigidae que moraban aquel ecosistema, uno embellecía más el cielo nocturno, era el búho real (*Bubo bubo*), que miraba al halo y ulula mágicamente –hasta unos dejan sus egagrópilas regurgitadas.

En medio del lago, un señor –o fantasma– pescaba; tomaba un güisqui escocés –en una copa Riedel– y fumaba su puro cubana –un Montecristo N°4–. Y creaba dibujos –o anillos– con su humarada; cuáles se propagaban en todas partes –uno chocó con el agua, creó una pequeña onda –meneó el reflejo de la luna–, se sumergió y se desapareció lento–. En su viejo radio Sony, se percibía «Sin medir distancias» del genio del vallenato El Cacique de La Junta: Diomedes Díaz Maestre. Él lo oía,

porque no hace mucho tiempo, una hermosa colombiana –del departamento de Magdalena– le rompió su corazón, en el tiempo que ella escuchaba Amarte más no puedo y se iba al pueblo de Macondo a encontrarse con José Arcadio Buendía y con Úrsula Iguarán; al gitano Melquíades –antes que fallezca de fiebre en los médanos de Singapur– o ver las mariposas amarillas sobre las flores amarillas, junto a Amaranta, Rebeca, José Arcadio y el coronel Aureliano Buendía.

En medio del lago, unos jóvenes enamorados paseaban en un pequeño barquito. Fotografiaban el aro iris, la noche estrellada y lo bello de la naturaleza. Y en medio de todo, ellos se besaron; en tanto que colonias de quirópteros volaban en la lejanía y cubrían nuestro satélite natural. En la rama de la Persea americana, el *Acerodon jubatus*, comía tranquilo, boca abajo, una breva –o un higo– de un *Ficus carica* y miraba el suceso romántico –al límite del Pteropodidae, una familia de Nyctibiidae, observaban como el fotógrafo colega de Marcello Rubini, Paparazzo.

En un gimnasio, a cielo abierto, jóvenes aprenden tango al son de Carlos Gardel y flamenco al ritmo de Camarón de la Isla –y quizás, después, aprendan la danza contemporánea, como Isadora Duncan y José Limón.

Y en el hemisferio norte del ecuador, se distinguía el Cuadrante de Pegaso (Scheat, Markab, Alpheratz y Gamma Pegasi) formar el asterismo estacional de Trapecio... Al oeste se veía la constelación de Aries y el planeta gigante helado descubierto en 1781 por Sir Friedrich Wilhelm Herschel, Urano, brillar tímidamente en medio de las estrellas Hamal y Sheratan.

Un Gran cometa cruzaba en medio del asterismo del Diamante de Virgo (Cor Caroli, Arturo, Denébola y Espiga) y se perdió entre la galaxia elíptica gigante M87 del Cúmulo de Virgo; posiblemente, el cuerpo celeste periódico –de corto período o de largo período–, siguió su trayectoria hiperbólica hasta el Cinturón de Kuiper o a la misma Nube de Oort: objetos transneptunianos.

Un silencio se radió en toda la habitación, sólo se oía el triste y etérea cantar del *Antrostomus vociferus*, entre los inmensos sembradíos de los árboles y arbustos caducifolios.

